CASILLA DE FOMENTO

X

Un Calvario

La familia Murillo esperaba la vuelta de don Bartolo, y era ya más de media noche.

A cada ruido de coche que se oía por la calle, decía Elena: «ahí viene», y se asomaba al balcón.

Jorge y Eduardo estaban anonadados: les parecía imposible que se atrevieran á fusilar á Romero; tan valiente, tan generoso, tan desinteresado, tan patriota.

Por fin se oyó venir un carruaje que se detuvo frente á la casa, y se escuchó ese silbidillo que sirve á los cocheros en la noche para anunciar su llegada y que se les abra sin necesidad de llamar al zaguán.

La puerta se abrió, y el coche penetró en el patio, que comenzaba á estar á obscuras.

Don Bartolo llegó al lado de la familia.

— ¡No hay esperanza! dijo para ahorrarles la pena de preguntar.

Todos callaron.

— ¿Quieres cenar? preguntó un cuarto de hora después doña Guadalupe.

— No, contestó don Bartolo.

— Ni yo, ni yo, dijeron todos, unos después de otros.

— Pues vamos á nuestras habitaciones.

Y cada uno se retiró silenciosamente.

Es inútil decir que nadie pudo conciliar el sueño.

Serían las cuatro de la mañana, y Jorge se incorporó en el lecho.

— ¿Qué tienes? preguntó Eduardo.

— No he podido dormir un solo instante.

— Ni yo: he contado las horas unas tras otras.

— ¿Vas á vestirte?

— Sí, me es imposible estar en la cama más tiempo, y quizá me atreva á salir para ver por última vez al coronel.

— ¡Pero eso sería horrible!

— Más horrible sería no volverle á ver siquiera por última vez. ¿Qué diremos á los compañeros y al general, cuando nos pregunten si acompañamos al coronel en el último trance?

— Dices bien; vamos.

Se vistieron y procuraron salir sin hacer ruido.

Al pasar cerca de la recámara de doña Guadalupe, vieron luz por dentro y se acercaron: la madre y la hija rezaban.

— Buenos días, madre, dijo besándola Eduardo.

— ¿A dónde vas? preguntó la madre.

— Por ahí, contestó Eduardo algo embarazado.

— Elena, decía Jorge por otro lado, usted ha llorado mucho.

— ¡Jorge, contestó Elena, el que va á morir es un hombre, es un patriota, es... su coronel de usted!

¡Cuánto quería decir con esto! Jorge lo comprendió, se sintió tentado de hacerla una declaración amorosa, de esas que por estar ya casi preparadas se explican y se entienden con una frase, con una palabra, con una seña; pero se contuvo. ¡Qué iba á hacer! Comprometido con Alejandra solemnemente y amándola tanto, ¿cómo podía decir amores á la hija de una familia que le había recibido en su seno y á la hermana del hombre que tenía como á un hermano? Y, á pesar de todo, Jorge empezaba ya á amar á Elena, sin perder por eso su pasión por Alejandra.

Lo que prueba que se puede amar á dos mujeres á la vez.

(Y perdonen nuestros lectores; pero escribimos novela con todos los visos de verdad.)

— Vamos, Jorge, dijo Murillo.

Jorge le siguió, sintiendo aún fijas en su frente las miradas dulces de Elena.

— Vamos, pensó; ¡pues no estoy haciendo el papel del casto José!

— ¿A dónde será mejor dirigirnos? preguntó Eduardo.

— Creo que á la plazuela de Mixcalco.

— Pues vamos.

De la calle de Cadena á la plazuela de Mixcalco, donde tenían lugar las ejecuciones, había una muy larga distancia, que podían haber atravesado en carruaje, pero que prefirieron cruzar á pie para no llamar la atención: ¿qué era para ellos, hombres tan avezados á la fatiga, una media legua de camino?

Cuando llegaron á Mixcalco, estaba allí mucha gente esperando la llegada de los sentenciados, y fué preciso á los dos amigos abrirse paso casi á fuerza, hasta llegar al cuadro.

En los primeros días de su dominación en México, los franceses eligieron por teatro de sus ejecuciones la plazuela de Santo Domingo, que está casi en el centro de la población, y que tiene por límites, al Sur, edificios particulares; al Norte, la antigua iglesia de los Dominicos, que da su nombre á la plazuela; por el Oriente el edificio de la Aduana, y por el Poniente una portalería que sirve de asilo á esos escribientes y poetas pobres, que se llaman en México vulgarmente «Evangelistas», y que sentados en

un pequeño taburete, delante de un miserable pupitre, ganan escasamente su vida, escribiendo y redactando versos y cartas de todas clases, para los criados domésticos, para los aguadores y para los amantes pobres que no saben escribir; escritores que son la primera grada de esa inmensa escalera, en cuyo último peldaño se disputan un lugar Milton y Shakespeare, Cervantes y Quintana, Víctor Hugo y Lamartine, Dante y Petrarca.

Aquella plazuela está verdaderamente empapada en sangre. Allí han sido sacrificadas tantas nobles víctimas, que si un laurel ó una palma brotara en memoria de cada mártir, ese lugar sería el bosque más impenetrable de la tierra.

Pero hay modas hasta en el asesinato, y Santo Domingo cayó de la gracia de los civilizadores de México, y la plazuela de Mixcalco pasó á la categoría de favorita de los franceses.

Mixcalco está al Oriente de la ciudad, cerca de la garita de San Lázaro.

En otro tiempo había sido el lugar de la ejecución de los criminales; por eso tal vez causaba cierto pavor á los habitantes de la ciudad, y por eso casi siempre estaba desierta.

Absurdas consejas corrían sobre aquella plazuela: quién contaba que un hombre ahorcado allí, por haberse robado unos vasos sagrados, paseaba de noche envuelto

en un sudario; quién refería que la cabeza de un reo muerto impenitente, aparecía en las altas horas también de la noche, pidiendo «confesión»; quién decía haber oído un grito agudísimo y desgarrador que lanzaba una mujer vestida de blanco y con el pelo suelto, y que era nada menos que una madre infanticida, muerta allí mismo por manos de la justicia.

Sea por esto, ó lo que es más probable, por la escasez de agua de aquel barrio, las casas que forman la plazuela se fueron quedando vacías y arruinando; de modo, que en la época en que los franceses ocuparon la capital, sólo vivían por allí pobres carboneros, que durante el día salían á expender su mercancía.

En aquel lugar triste y apartado debía tener su desenlace ese drama que hemos visto comenzar en Papazindán.

Se oyó un rumor en la multitud; el movimiento uniforme y simultáneo de las armas de los franceses produjo con la naciente luz del sol un relámpago siniestro que cruzó por encima del agrupado pueblo, y Nicolás Romero, sereno y animoso, casi indiferente, penetró en el cuadro en unión de otros dos oficiales que iban á sufrir su misma suerte.

Infinitas precauciones había tomado la plaza para llevar á efecto la sentencia: la popularidad de Romero y la notoria injusticia del procedimiento hacían temer una

sublevación popular. Se había adelantado la hora: la guarnición estaba sobre las armas, la artillería lista, las patrullas y la gendarmería en movimiento, y, sobre todo, la policía secreta, esa víbora que brota como la hierba venenosa de los pantanos, del seno de los gobiernos impopulares, en una actividad espantosa.

Romero fumaba desdeñosamente un puro. Los dos oficiales que le acompañaban y que también debían morir, eran: un subteniente que había sido el mariscal de un escuadrón de la brigada de Romero, y el comandante Higinio Alvarez, jefe de los exploradores de la misma brigada. Romero iba envuelto en la misma capa que usaba en campaña, y Alvarez en un zarape tricolor, que imitaba la bandera de la República.

¿Para qué referir la ejecución? Los tres murieron con

tanta sangre fría y con tan orgulloso desdén como si no fueran á morir.

El sargento francés dió á Romero el golpe de gracia; y sin embargo, como si aquella alma de gigante no hubiera podido desprenderse del cuerpo, al conducir el cadáver de Romero á su última morada, hizo un movimiento tan fuerte, que rompió el miserable ataúd en que le conducían sus verdugos.

El pueblo se dispersó sombrío y cabizbajo.

—¡Oh! dijo Jorge; ¡es necesario marcharnos cuanto antes, libertar á la patria, ó morir como el coronel!

—Mañana mismo, exclamó Murillo.

A las diez de la mañana de ese día, la tierra había bebido ya la sangre de aquellos mártires, el sol había secado otra parte, y los vientos habían borrado con su polvo los últimos rastros.

Los carboneros, indiferentes, hacían su comercio como la víspera, sin ocuparse apenas de lo que acababa de pasar allí.

CAPILLA ALFONSINA

XI

Otra faz de don Celso

Entre las personas que volvían de la ejecución, caminaba un hombre que por su traje parecía recién venido de la Tierra Caliente.

A poca distancia, y sin perderle de vista, le seguían otros dos, uno de ellos con el mismo aspecto, y su compañero de levita y sombrero negro, con apariencias de un hombre acomodado.

—¿Estás seguro de no equivocarte? decía á su compañero el hombre de la levita negra.

—No, señor, no me he equivocado: don Roque es, como yo hijo de mi madre.

—Veremos, dijo el otro.

—Lo verá usted.

Un coche que pasaba, hizo detener al hombre que era